

Lenguaje y filosofía: la queja de San Vicente

Juan Manuel Campos Benítez

Hace poco escuché a un estudiante quien, al presentar una tesis de maestría, decía que había dos maneras de exponer una tesis: una argumentativa y otra “poética”. En la segunda el rigor de la argumentación había de ceder lugar a la manera de la exposición, que era mucho más fuerte al ser más persuasiva, dado el valor poético de las palabras. Y por supuesto que no debía ser juzgado por lo que no trataba de hacer: su asunto era exponer una tesis, no defender una tesis.

Cuando escribimos, muchas veces nos ocupamos más de la belleza de la expresión que del sentido de las palabras y de las cosas entendidas. Y casi por regla general recurrimos a metáforas y a expresiones con varios sentidos que, presumiblemente, dan realce y colorido a nuestras expresiones, perdiendo de vista en muchos casos un asunto importante, la verdad o falsedad de las oraciones. En efecto, el uso de metáforas, comparaciones, símiles y demás figuras retóricas puede perder de vista la pregunta por la verdad o falsedad. Esto no quiere decir que debemos escribir sin figuras retóricas y la razón es casi obvia: parece que no podemos prescindir de ellas. Incluso en el caso de que tengamos un control exacto de nuestras expresiones, un vocabulario preciso para todos nuestros términos y nuestras reglas, tarde o temprano tendremos que hablar de ellas en cierto metalenguaje donde pueden haber expresiones metafóricas sin que nos demos cabal cuenta de ello. Así que no quiero excluir ni mucho menos negar ese tipo de expresiones. Los medievales tenían muy en cuenta esto cuando hablaban de la suposición o niveles de referencia de los términos, y dentro de esta teoría tenía un papel importante la llamada suposición impropia, que daba cuenta del uso de estas expresiones. El lector bien puede, como ejercicio, tomar un texto de su filósofo preferido y detectar los usos “impropios”, es decir, retóricos, que abundan en el texto. Claro que la misma palabra “impropio” es metafórica, o, si se quiere, analógica: los medievales usaban una figura retórica llamada “antonomasia” cuando se referían a Aristóteles como “El filósofo” sin que por ello pensarán que había algo impropio en llamarle así. Todo esto involucra una teoría retórica de los usos de las palabras, y sin duda el lector notará que hemos usado la palabra “retórica” en un sentido distinto a cuando la usamos para aludir a la persuasión y cosas parecidas. No obstante, podemos entendernos. Hay algo en las palabras que nos induce a usarlas en situaciones y contextos distintos sin que ello nos lleve irremediabilmente al error, o al equívoco absoluto. Ciertamente se impone una teoría de los usos de las expresiones en contextos distintos

y algunos medievales elaboraron una teoría de la analogía que hoy tiene cierto desarrollo y que no es el caso abordar aquí.

Puede ocurrir que algún autor considere un valor escribir precisamente abundando en metáforas sin tener un control sobre las mismas. De nuevo: no se trata de domesticar las metáforas ni de evitarlas, sí atender a la verdad o falsedad de los enunciados donde aparecen, y por eso es importante la teoría de la analogía. Claro que lo que está en juego es, además de la exposición, la defensa de una tesis, es decir, considerarla verdadera. Pero esto último es lo que apenas merece la atención. La verdad es lo que, desde varios flancos, está en cuestión. En ciertos ambientes suena familiar la tesis de que la verdad está desprestigiada, y sin embargo no son claras las razones para ello, si es que las hay. Parece, y digo parece basándome sólo en algunas ideas vagas que flotan en el ambiente, que dichas razones pueden discurrir así: la búsqueda de la verdad conduce a callejones sin salida. Veamos por ejemplo a los científicos, buscan la verdad de sus asuntos de manera desinteresada, tienen sus métodos y procedimientos y han llegado a ciertos resultados. Pero la ciencia, a través precisamente de los científicos, nos ha conducido a más problemas de los que intentaba resolver. Por una parte nos ha dado bienestar, bienestar tecnológico; por otra, ha producido males de los cuales no podemos zafarnos fácilmente: la contaminación, la presencia de nuevas enfermedades, y lo peor, involucra en sus deslices a personas de otras latitudes que no tenían que ver con los avances científicos. En efecto, la ciencia lleva sus productos a todas partes, es parte de la llamada "globalización". Al estar esencialmente ligada a sociedades capitalistas que exportan sus productos hacia otras sociedades inocentes, las mete de lleno en su órbita productiva y les cobra caro su ingreso a ella. No es casual que veamos en los productos que disfrutamos la firma "made in Taiwán", o en Corea, o en Vietnam. La búsqueda "desinteresada" de la verdad tiene su lado siniestro: la política, las ideologías, las guerras por el control económico. Pero esto no es todo. La búsqueda de la verdad tiene otro lado más infame: desde la edad media se identifica la verdad con la divinidad, la única y toda la verdad es Dios. Y esto ha conducido a cosas peores: las guerras religiosas que tanto daño han hecho a la Europa occidental desde los albores del cristianismo, pues si la presencia de Dios se ha revelado en el mundo cristiano, y de ahí tiene que extenderse hasta alcanzar a todas las naciones y a todos los pueblos, pronto llegará su mensaje a todo el orbe, y su máxima expresión coincide con lo anterior: la globalización del mensaje. Este mensaje cobra forma política, ideológica, económica. La verdad reinará en el mundo, pero en un mundo en el que más de uno podrá, con cierta razón, "devolver el billete" de ingreso.

Por eso es frecuente leer textos donde se critica indiscriminadamente a la verdad, a occidente, como causa de todos los males habidos y por haber. Ya son clichés frases como: "no hay verdades absolutas", "la verdad es relativa", "la tradición occidental nos ha conducido a un callejón sin salida" y otras similares. A veces tengo la impresión de que la verdad, - y occidente identificado-, está frente a algún consejo de ancianos muy prontos a tirar la primera piedra, a lapidar a la joven y desnuda verdad tras las acusaciones de querer ser absoluta, de no querer ser relativa, de inducir a la humanidad a la perdición. En algunos medios es frecuente oír expresiones como "relato", "narración", o expresiones más complejas como "metaretrato", para no tener que ver

con ella, incluso dentro de alguna filosofía de la ciencia, donde se excluye la verdad porque depende del marco conceptual donde se exprese y no hay un marco omnicompreensivo, y así como es frecuente también considerar la filosofía como uno más de los géneros literarios. Pues si en literatura, especialmente en la narrativa, no nos preguntamos por la verdad o falsedad de las oraciones que ahí aparecen, la filosofía como género literario tampoco ha de preocuparse por ella; si nos ocupamos de ella ha de ser para denostarla. Como muestra un botón, estas palabras de un célebre ensayista en un ensayo titulado precisamente *¿Tiene futuro la verdad?*

Pero existe también por primera vez en la tradición occidental, y pienso que de manera mucho más inquietante, una incongruencia, un desfase, entre la verdad y la supervivencia humana, entre la búsqueda racional de la verdad y los ideales contrastantes de la justicia social. No se trata sólo de que la verdad pueda no hacernos libres, sino de que pueda destruirnos.

Y concluye así este ensayo

La verdad, creo, tiene futuro: que lo tenga también el hombre está mucho menos claro. Pero no puedo evitar un presentimiento en cuanto a cuál de los dos es más importante.

Ciertamente hay graves problemas tratados aquí y no quiero minimizarlos, ese no es el punto ahora. Lo que trato de enfatizar es el asunto de la verdad, que es lo que está en cuestión; la palabra puede tener otros sentidos, por lo menos un sentido menos pomposo aunque quizá algo malicioso: ¿podemos preguntarle al autor si considera verdaderas sus aseveraciones, si es verdad lo que dice? Quizá convenga una digresión. Este tipo de problemas afloran las más de las veces en un género literario específico, el ensayo. El ensayo es cosa relativamente reciente, del renacimiento para acá, aunque haya autores anteriores que escriban como ensayistas. En filosofía puede verse cierta originalidad precisamente en la prosa lúcida, como la de Russell o la de Sartre; los medievales no ensayaban, eran más directos al escribir sus tratados. La originalidad no era un valor y por eso podemos encontrar textos casi idénticos en varios escritores, pues una o varias tesis consideradas verdaderas eran ya patrimonio común y por eso podían transcribirse sin tener problemas de autoría. No quiero decir que un tratado sea mejor que un ensayo, que no lo es: el ensayo puede ser tan contundente como el tratado. El problema radica cuando la escritura bella se considera un valor, y no tanto la verdad o falsedad de lo que se asevera: escribir de manera poética un ensayo filosófico sin atender a la verdad de lo que se dice no hace ningún favor ni a la literatura ni a la filosofía. El ensayo puede insinuar cosas a la inteligencia, puede también ofrecerle retos. ¿Cómo abordarlos? A veces abordar un asunto de manera literaria puede confundir: se ha dicho muchas veces que la literatura es toda una exploración acerca de la naturaleza humana, y está bien que así sea; pero también muchas veces quien acepta este dicho rechaza la tesis que afirma la existencia de una naturaleza humana, pues las naturalezas o esencias parecen estar discontinuadas. Así que nos topamos con un problema filosófico: ¿hay una naturaleza humana que sea explorada por la literatura?

No podemos responder que según la literatura sí la hay y según la filosofía no; esto sería evadir el problema. No intento abordar este problema sino señalar algunos deslices que ocurren cuando queremos tratar un asunto tanto desde la literatura como desde la filosofía, ya sea que se trate de problemas o, precisamente, de la actitud al escribir.

II

San Vicente Ferrer (1350-1419) presenta una queja contra ciertos usos del lenguaje. Existe, en la lógica medieval, una operación llamada "descenso" que permite el paso de oraciones cuantificadas a cadenas de oraciones no cuantificadas y cuyos términos son todos singulares. Pero no cansaremos al lector con detalles técnicos y pondremos un ejemplo. Si decimos que todos los hombre son muy listos, entonces también podremos decir que fulano y zutano lo son. No hay mucha ciencia en esto, el paso del antecedente al consecuente no es tan difícil. Pero pongamos ahora una oración donde aparezca un cuantificador y también un término singular: "todos los hombres, excepto Sócrates, son muy listos". Sería un error el pasar de esta oración a una como "fulano y zutano, excepto Sócrates, son muy listos", donde algo suena mal. La razón es que tenemos aquí una expresión "exceptiva", valga la redundancia, que bloquea nuestro descenso; en rigor habría que analizar la oración como "Sócrates no es muy listo y cualquier hombre distinto de Sócrates sí lo es", y a este par de oraciones se les llaman "exponentes" de la exceptiva. Con ellas podemos pasar a "fulano y zutano, que son distintos de Sócrates, son muy listos", y ahora sí tenemos nuestro descenso.

Hay también otra operación lógica denominada "conversión" que consiste en cambiar el sujeto por el predicado sin alterar el valor de verdad. Por ejemplo: si es cierto que algún filósofo es griego, también lo será que algún griego es filósofo. Pero si dijéramos que sólo Dios es Padre, sería un error pasar de ahí a que sólo el Padre es Dios, incluso en el caso que quisiéramos defender alguna forma de arrianismo. No queremos renunciar a nuestra conversión pues, como hemos visto, es completamente inocente en el caso de los filósofos griegos o de los griegos filósofos, así que tenemos que encontrar una salida. Las exponentes pueden ayudarnos de nuevo en este caso de oraciones que llamaremos "exclusivas". Así pues una exclusiva se expone en otras oraciones que, en nuestro caso, serán: "el Padre es Dios y Padre no hay otro fuera de Dios", donde tenemos ya nuestra conversión en las dos exponentes, es decir, el intercambio entre sujeto y predicado, aunque no sin más.

Y a todo esto, ¿cuál es la queja de San Vicente? No crea el lector que me he olvidado de ella; de hecho los ejemplos proceden de sus escritos. Pero todavía necesito decir algo más para poder formularla con cierta claridad antes de escucharle.

Tenemos dos operaciones: el descenso y la conversión. Nos hemos dado cuenta de que no siempre procede inmediatamente la conversión o el descenso de una oración, pues conducen a errores de diversa índole. Cuando tenemos casos complejos, como en cierto tipo de oraciones, las exceptivas y las exclusivas por ejemplo, recurrimos a una estrategia: reformular las oraciones en sus exponentes. Hay un error y el problema es detectarlo. Una oración tiene sujeto, cópula y predicado, y lo más normal del mundo es asignarle una referencia a dicho sujeto, como cuando decimos que el sujeto de la

oración “todo hombre excepto Sócrates es listo” es “todo hombre excepto Sócrates”. Pero dice San Vicente que esto es hablar “demasiado gramaticalmente”, pues se asigna “un sujeto según la expresión de la palabra, como si fuera un sujeto según el concepto de la proposición exceptiva o exclusiva”. Pero no se pregunta por el origen de los errores sino que se queja de la actitud que da origen a ellos, así que ya estamos en condiciones de escucharle:

Es vergonzoso para el dialéctico cuidar demasiado la expresión de la palabra, de lo cual se ocupa principalmente el gramático, como dice Pedro Elías en el primer libro, sino que debe cuidar más el sentido intelectual de la proposición, ya que es un artífice intelectual y toda su consideración está dirigida principalmente al acto y al concepto del entendimiento. Por esto, Alfarabí, en su *Lógica*, queriendo dar una cierta definición de dialéctico, dice: el fundamento de la dialéctica está en el entendimiento, como el fundamento del arte gramatical está en la lengua. Y añade que la ciencia dialéctica está compuesta para el entendimiento y las cosas entendidas, mientras que la ciencia de la gramática está compuesta para la lengua y para el vocablo. Y el Filósofo, hacia el final del libro I de los Tópicos, llama ridículo a aquel que, concediendo o negando al que responde, o preguntando al que arguye, no habla según el entendimiento o concepto de la proposición, sino según la palabra o el vocablo. Y añade poco después estas palabras: es absolutamente vergonzoso para el dialéctico disputar de algo semejante, a no ser cuando el otro no puede disputar de lo propuesto.

Vayamos por partes. La queja parece ser esta: buscamos el sujeto y el predicado de las oraciones, y conforme a ello realizamos ciertas inferencias, pues del sujeto “todo hombre” pasamos a “fulano y zutano”, y está bien. Pero erramos cuando realizamos la misma operación cuando el sujeto gramatical es “todo hombre excepto Sócrates” pues no atendemos a la partícula exceptiva. Lo mismo pasa con ciertas operaciones que involucran partículas exclusivas. Las oraciones exceptivas son un reto, y no pueden abordarse plenamente de manera gramatical, o literaria; exigen un tratamiento lógico, como muchas cuestiones en filosofía que exigen poner primero las cartas sobre la mesa.

Podemos entender el celo de San Vicente pues algunos de esos errores fácilmente pueden conducir a herejías y su tono al elaborar su queja tiene algo del predicador afamado que él fue. El error es atender más a la gramática de la expresión que a su lógica, pues son dos cosas distintas. Quien atienda más a los aspectos gramaticales perderá de vista las cosas que tratan de expresarse y entenderse por medio de las palabras y de las oraciones, y también su verdad o falsedad. Ésta es, pues, su queja, y nos lleva a otros problemas vinculados precisamente con la relación entre la gramática y la lógica.

La gramática estudia las reglas de formación de oraciones, su buena construcción o *congruitas*. Y esto vale sobre todo para el lenguaje común y corriente, el que todos hablamos y que utilizamos en nuestra vida cotidiana. Pero el lenguaje de ciertas áreas del discurso tiene sus peculiaridades: el discurso religioso, el teológico, el filosófico, todos ellos tienen expresiones propias cuyo funcionamiento no siempre es dilucidable por la gramática. Y en esos ámbitos realizamos inferencias, es decir, transformaciones cuyas reglas no son las de la gramática. Una salida a este problema consiste en distinguir

la gramática de la lógica diciendo que mientras aquella atiende a la buena construcción de las oraciones, ésta busca la verdad de las mismas, y la preservación de la verdad por medio de las buenas inferencias. En este sentido la dialéctica presupone la gramática, pero tiene también su campo específico: la argumentación.

Así pues la argumentación preserva la verdad, y conviene estar atentos cuando pasamos de ciertas oraciones a otras. Ya hemos visto que la queja de San Vicente tiene que ver con la atención hacia la gramática y no tanto a la lógica del asunto; de hecho, recurrir a las exponentes es ya realizar una inferencia, cosa que no es asunto del gramático. Pero podríamos extender la queja hacia otro aspecto: la escritura. Claro que no podemos prescindir de la gramática, y de hecho la misma lógica tiene su sintaxis, que es una especie de gramática. La gramática, tal como la entendían los medievales, tiene que ver con la retórica, y por supuesto que también con la lógica; constituyen las *scientia sermocinalis*, las ciencias del lenguaje, el famoso *trivium*. El mismo Vicente, en su actividad cotidiana, combina muy bien las tres pues la predicación tiene que ver con la persuasión: predicar para convertir. Aquí estamos usando términos con más de un sentido: la conversión es una operación lógica, pero en otro sentido tiene que ver con la aceptación de ciertas doctrinas religiosas e involucra otras cosas; el converso es aquel que ha aceptado ciertas doctrinas y las aplica en su vida; la conversa es una oración que se ha convertido, es decir, que hemos cambiado el sujeto por el predicado sin alterar su valor de verdad. La predicación admite también varios sentidos: el predicador es aquél que predica, pero no en sentido lógico, lo predicado y el predicado son cosas distintas. Y sabemos que son cosas distintas pues tienen usos distintos, no nos equivocamos al respecto al usar esas palabras.

Hemos usado varios términos en varios sentidos y el problema ha sido usarlos sin que nos conduzcan al error. Claro que no estoy seguro de haberlo hecho satisfactoriamente, y sin duda alguna más de un lector podrá dar cuenta de los errores cometidos. Lo interesante del asunto es ese darse cuenta del error, ya sea quien lo detecte a el autor o el lector; tenemos, por así decirlo, las cartas sobre la mesa y el juego puede proseguir. El usar palabras con varios sentidos no conduce necesariamente al equivoco si estamos bien preparados para distinguirlos y atender al tipo de condiciones requeridas para su verdad o falsedad. En el caso de las metáforas necesitamos mucha más atención pues si bien es el caso que acrecientan nuestra comprensión del asunto, también pueden desviarnos si atendemos demasiado al sentido literal de las mismas, o a la belleza de la expresión.

III

La queja de San Vicente se refiere a cierta atención a la gramática cuando lo que amerita es atención a la lógica. Pero comencé mi ensayo hablando acerca del estilo poético y la falta de atención hacia la verdad de lo dicho. Una de las posibles causas de este desvío es el desprestigio de la verdad, identificada a veces con "occidente"; otra la tendencia a identificar filosofía con literatura, aunque sólo sea para evitar hablar de la verdad de las aserciones. Por supuesto que esto involucra varios presupuestos, uno de ellos es que la verdad no tiene aplicación dentro del terreno literario; otro presupuesto relacionado con el anterior, casi a la manera de corolario

es que la literatura, en especial la narrativa, no es de manera fundamental "descriptiva". Son presupuestos que habría que examinar y podría defenderse alguna teoría que dé cabida a la verdad de los asertos literarios, por ejemplo alguna aplicación de la semántica de los mundos posibles. Claro está que surgirán problemas dentro de esta aplicación, por ejemplo: si decimos que la narrativa es descripción de mundos posibles, tenemos el problema de cómo explicar la creatividad de los literatos, su inventiva o aspecto creativo. Pero, en todo caso, esto es un problema que habría que abordar tarde o temprano sin olvidar que los mundos posibles son, en algún sentido, metafóricos; quizá alguna teoría de la analogía pueda dar cuenta de ellos.

El problema de la queja de San Vicente, tal como la he expuesto, es el paso del aspecto gramatical al aspecto literario. El vínculo entre estos dos aspectos ha sido el problema de la verdad, pues es ahí donde la queja cobra vigor y aplicación. Claro está que son dos actitudes distintas, aunque relacionadas: atender a la gramática y atender a la belleza de la expresión. En ambos casos, lo que se olvida es la verdad de los asertos y de los errores a los que esto conduce. Pues se pierde de vista algo: "la verdad de las cosas".

He dicho que en la edad media había una relación muy estrecha entre las ciencias del lenguaje: la gramática, la dialéctica y la retórica. No es aventurado relacionar la gramática con los estudios de la lengua y quienes mejor han expuesto la misma, los autores consagrados, los escritores "clásicos", por llamarlos de alguna manera. No en balde los estudios de la lengua llegan, tarde o temprano, a los clásicos de la misma, y se les estudia tanto el aspecto literario como el lingüístico. Tampoco es aventurado vincular al "dialéctico" con el filósofo, pues una de las cosas que se estudiaban en las facultades de artes era precisamente la dialéctica o lógica, antes de pasar a los estudios de teología. Los escritos filosóficos no tienen por qué ser agradables, de hecho, presentan cierta dificultad para su comprensión al exigir atención y cuidado en su lectura. Pueden incluso parecer aburridos e incluso ilegibles si no se tiene cierta preparación al abordarlos, ya que muchas veces están escritos con una terminología técnica. Esto no es motivo para descartarlos sin más pues antes de esto debemos preguntarnos por su verdad, y si contienen errores de algún tipo conviene poder detectarlos. No podremos hacer esto si la pregunta por la verdad está de antemano fuera de nuestro alcance. La misma retórica involucra relaciones que presuponen la verdad o falsedad, incluso en su sentido peyorativo donde la verdad se oculte a sabiendas; o en otro sentido, donde la retórica tiene que ver con la persuasión, ésta debe darse con base en los argumentos esgrimidos, no según la belleza de la escritura; e incluso en el sentido de la recepción de un texto filosófico como intercambio entre lector y autor, se requiere de la noción de verdad para poder establecer un diálogo fructífero entre ellos. El texto literario no pretende convencer o persuadir, pero el texto filosófico sí tiene esa pretensión, no podemos negarle eso, y por esta razón la noción de verdad resulta imprescindible. Quizá detrás de la escritura poética se escondan dos cosas: la pretensión de originalidad y la falta de comprensión cabal de un asunto.

He aludido a la edad media, a los escritos de los filósofos medievales, porque en ellos no está presente la escritura bella, aunque pueda ser bella para el intelecto. Claro que no son los únicos; tampoco he pretendido excluir la belleza de la expresión,

pues hay quienes se expresan con elegancia sin medrar el contenido. No quiero decir que los autores medievales sean el canon de la claridad, pues los cánones mismos están sujetos a cambio y puede encontrarse la claridad en autores de distintas tradiciones filosóficas y en distintas épocas. Lo que sí he querido enfatizar es que la belleza de la expresión no debe ser la intención fundamental del que escriba textos filosóficos, pues, como dice San Vicente, sería "vergonzoso" ocuparse primariamente de dicho asunto.

La queja puede encontrarse en Vicente Ferrer, *Tratados filosóficos*, trad. de Vicente Forcada, Valencia: Provincia Dominicana de Aragón, 1987, pág. 127. La teoría de la analogía de cierta presencia es la de Mauricio Beuchot, expresada entre otros textos en *Tratado de hermenéutica analógica*, México: UNAM, 1997. "Devolver el billete" es una expresión en *Los hermanos Karamazov*, durante el diálogo entre Iván y Aliosha sobre el problema del mal y la existencia de Dios. Las citas del botón provienen de George Steiner, *Nostalgia del Absoluto*, trad. de María Tabuyo y Agustín López, Madrid: Ediciones Siruela, 2001, páginas 121 y 133. Sobre los estilos al escribir es muy valioso "Exposición y argumentación", de Walter Redmond, en *La lámpara de Diógenes*, Año 2, No. 3, Vol. II, enero-junio 2001. Ahí se establecen algunas distinciones y categorías importantes.